

Fig. 96.— Pylon ó puerta de entrada de un templo con dos columnas conmemorativas.

donde penetraba todo el mundo. Por un segundo pylon se entra en una sala destinada á las ceremonias, que es lo que se acostumbra á llamar la *sala hipóstila*, á causa de su iluminación superior. De esta primera sala se pasa al *Naos* ó santuario, reservado al rey y á los sacerdotes, y después de ésta, á un segundo patio, en el fondo del cual estaban las dependencias, almacenes y habitaciones de los sacerdotes. Todo el conjunto del templo estaba encerrado en un rectángulo formado por una doble pared, con un corredor que lo aislaba completamente del exterior. Como vemos, no hay más que una sucesión de los tres elementos: el pylon, el patio y la sala hipóstila; vamos á describir, pues, cada uno de ellos.

El pylon, que es la puerta triunfal, sin otra utilidad que la puramente decorativa, tiene dos torres cuadradas á cada lado, que son macizas; no hay dentro de ellas habitación ninguna, ni otro paso que una pequeña escalera para llegar á los agujeros de donde salían las grandes abrazaderas, que sostenían los mástiles con gallardetes en los días de solemne fiesta. Las grandes superficies planas de las paredes inclinadas de las torres del pylon, se prestaban ya á la decoración en relieve,



Fig. 97.— Segundo patio de Karnak, TEBAS.

con episodios de la vida del faraón constructor del edificio; éste también solía estar representado en grandes figuras á ambos lados de la puerta, y sin duda para enriquecer más esta entrada se añadieron á veces obeliscos de granito labrados de una sola pieza (figura 95). Las torres cuadradas del pylon se acababan con la única moldura de la construcción egipcia, ó sea la *gola* invertida, que con su forma



Patio del templo de Karnak. TEBAS.



Patio del templo de Luxor. TEBAS.

saliente, proyecta la sombra dura del sol de Egipto en las líneas horizontales de remate del pilono. Algunas veces, en lugar de los dos grandes obeliscos monolíticos, había dos gigantescas columnas, que servían también de adorno á cada lado de la puerta (fig. 96).

En cuanto á los patios, su variedad de composición es mucho mayor (fig. 97).

Algunas veces los patios no tienen columnas á su rededor; otras veces están las columnas dispuestas en una ó dos filas, pero sólo á los lados; otras veces forman un verdadero claustro en los cuatro lados del área descubierta. El primer patio

de Karnak lleva en el centro, de puerta á puerta, dos filas de columnas monumentales que señalaban una avenida ó calle en medio del inmenso cuadrado del patio: eran, en cierto modo, la prolongación de las avenidas de esfinges que conducían á los peregrinos hasta las primeras puertas del santuario. A veces, en lugar de columnas, estos patios están decorados con una hilera de colosos en las dos paredes, como en Karnak y el Rameseum. (Lám. IV.) Cuando las columnas se hallan en los cuatro lados del patio, no son á veces del mismo orden, sino que las de enfrente llevan capiteles distintos, acampanados, por ejemplo, y las laterales de flor de loto sin abrir, completamente distintos de los campaniformes. En cambio, otras veces, como en Luxor, los cuatro lados del pórtico son semejantes. (Lám. IV.)

Estos patios acostumbran á ser grandes y á ellos debía tener acceso todo el pueblo; son propiamente la antesala del santuario y venían á representar el pórtico que rodea exteriormente la celda del templo griego. En ellos debían también efectuarse algunas ceremonias, pero el culto propiamente dicho tenía lugar en la sala hipóstila, que viene inmediatamente después del patio y que ya no era un lugar tan accesible.

El nombre de sala hipóstila es también griego (como el de pilono, que significa puerta); sala hipóstila quiere decir sala iluminada superiormente ó que



Fig. 98.—Ruinas de la sala hipóstila de Karnak, TEBAS.



Fig. 99.—Templo de Ramsés II, llamado el *Rameseum*. TEBAS. Entrada á la sala hipóstila.

recibe la luz de lo alto. Esto se consigue dividiéndola en naves por medio de filas de columnas, unas mayores y más altas, de capitel en forma de flor abierta, en la nave central, y otras columnas con capitel de capullo, más bajas, que sostienen el techo de las naves laterales. La diferente elevación de las naves deja un espacio de muro, cerrado con celosías de piedra, por donde entra la luz, como por altas ventanas laterales. Una sala hipóstila es, pues, una sala grande sostenida por columnas, con el techo plano, formado de grandes dinteles, y con una nave mayor y más alta en el centro, cubierta también con bloques de una sola pieza y del todo cerrada por los muros, pero dotada de iluminación superior (fig. 100).

Las salas hipóstilas de los templos egipcios, con penumbra misteriosa, sin ninguna indiscreta abertura, á excepción de las celosías superiores; con sus hileras de columnas, que tamizaban la luz de lo alto; decoradas siempre con los fulgores vivos de los relieves policromados, debían ser la obra maestra de la construcción y del arte egipcio. Algunas de ellas tienen dimensiones estupendas: la gran sala hipóstila de Karnak es todavía la mayor sala cubierta de piedra que existe en el mundo. Tiene 152 metros de largo por 51 de ancho, con 134 columnas que sostenían el techo, siendo las 12 columnas de la nave central de igual

diámetro todas ellas que la columna Vendome, de París. Una catedral gótica cabría holgadamente dentro de esta sala.

En cuanto al santuario propiamente dicho, estaba en una segunda sala, y á veces después de un nuevo patio más pequeño que el anterior. Era el lugar santo por excelencia, en el que acaso entraban sólo el Faraón y el sumo sacerdote, y donde se conservaba el simulacro de la divinidad (fig. 101). A medida que se va avanzando en el interior del templo, los patios y las salas van reduciéndose, el techo es más bajo y sube el nivel del suelo; la luz se amortigua también, todo prepara el ánimo para penetrar en el lugar recóndito donde estaba el simulacro divino.



Fig. 100.—Entrada al santuario de un templo egipcio. (Restauración, copia de la obra: *Description de l'Egypte*.)

Estrabón afirma que en el santuario egipcio, á diferencia del templo griego, no había estatua alguna del dios, pero consta por las inscripciones que en los templos egipcios había estatuas parlantes, que el Faraón consultaba como á un oráculo; además, algo muy venerado debió contener una pequeña capilla ó sagrario, de piedra ó de madera, que como un edificio en miniatura se elevaba en medio de la segunda sala (fig. 101). Una de estas capillas monolíticas, ostentando la insignia de Nectanebo I, se halla aún en el templo de Edfú; otra de las más hermosas se encuentra con el nombre de Amasis.

Queda, pues, el templo descrito en sus diversos elementos, que son: avenida de esfinges, pilono, patio ó claustro anterior, sala hipóstila ó de las ceremonias, segundo patio delante del santuario, lugar santo con el tabernáculo, y por fin una última construcción (encerrada también en el gran recinto), con habitaciones para los sacerdotes y dependencias del culto. Muchas veces el templo se desarrolla más aún, pero éstos parecen ser los elementos primitivos. No existe rigor canónico en la planta del templo egipcio, como se observa en el santuario griego; la disposición puede variar mucho de un templo á otro; las ideas del Egipto no llegan á concretarse con aquella excelsa ordenación luminosa del pensamiento helénico.

Todo el santuario se encerraba con una doble pared sin aberturas ni ventanas, que lo aislaba completamente del exterior.

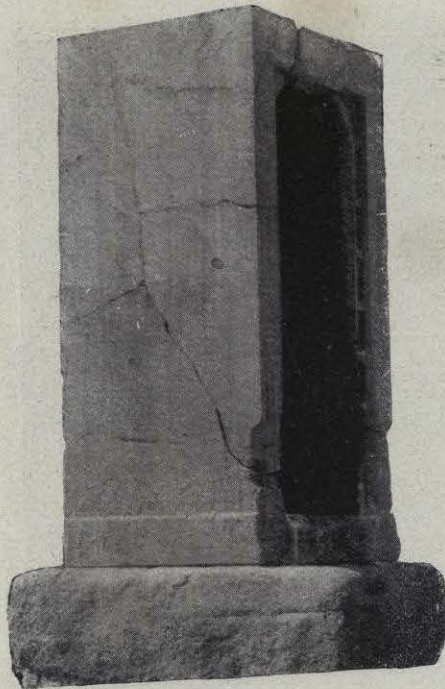


Fig. 101. — Sagrario de un templo egipcio.

con capitel en forma de palmera, y en cambio, otros capiteles complicados son invención ya más reciente y usados más por los constructores de la época de los



Fig. 102. — Capiteles egipcios compuestos. Ombos.

Nada más peligroso que las divisiones cronológicas de los estilos egipcios. La columna egipcia presenta gran variedad de formas, que coexisten en todas épocas: el pilar cuadrado del templo de la Esfinge, lo encontramos todavía en el Alto Egipto profusamente; las columnas con facetas planas se hallan también en abundancia, recordemos los pórticos de Deir-el-Bahari (fig. 91) y los más conocidos de Beni-Hasán; el capitel con flor de loto, que forma el gracioso remate de las columnas del patio de Luxor y del Rameseum (figs. 97 y 99), en Tebas, tiene precedentes en el antiguo Egipto, entre otros, los del templo de la pirámide de Abusir; una rigurosa división cronológica de los estilos del Egipto, basándose en los tipos de columna, ya vemos que no es posible establecerla. Pero existen algunas formas exclusivas del primer imperio, como los soportes

del primer imperio, como los soportes con capitel en forma de palmera, y en cambio, otros capiteles complicados son invención ya más reciente y usados más por los constructores de la época de los últimos faraones saitas (fig. 102). Los llamados pilares osiriacos, ó sean los soportes en forma de figura humana, con los emblemas divinos, que ya hemos observado en el Rameseum, parece que fueron principalmente erigidos durante la dominación de los Rameseidas, y casi caracterizan las construcciones de los monarcas de esta familia. Una circunstancia bien característica, en cambio, de la columna egipcia, es la ausencia de basa, reducida á lo más á un simple cojinete anular de poca elevación, por lo que parece que la columna descansase sobre el suelo.

La pésima construcción de estos monumentos contrasta con sus dimensiones y la suntuosidad de su decoración. Los santuarios nacionales de Tebas se hallan edificados

con poco cuidado, los cimientos son defectuosos y muchas columnas y paredes se han desplomado por esta causa. El trabajo de restauración y consolidación de los templos egipcios que se ha emprendido estos últimos años, es verdaderamente una obra difícilísima (fig. 103).

Muchas veces es defectuoso también el aparejo de los muros. Hay un revestimiento exterior, de grandes piedras bien labradas, pero interiormente la masa es un hormigón malo, que no tiene consistencia. Las torres de los pilonos se agrietan muchas veces por su propio peso.

La escultura y la pintura contribuyen también no poco al aspecto general del monumento (fig. 106). Los templos están todos ellos decorados con relieves, que cubren todas las partes planas del edificio, sin sujetarse á la distribución impuesta por los elementos arquitectónicos (fig. 106), arquitrabe, friso y cornisa, como ocurre en el templo griego. Donde queda un espacio vacío en la pared, y hasta en los fustes de las columnas, los escultores lo llenan de relieves, tapando las juntas de las piedras, para no tener que encerrar sus asuntos dentro de los límites de cada hilada. Estos relieves eran después poli-

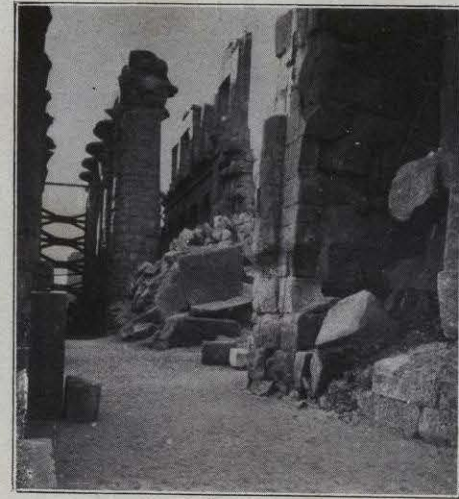


Fig. 103. — Trabajos de consolidación en Karnak. Andamiadas de la sala hipóstila. (Clisé Junyent)



Fig. 104. — Retrato de una reina. Karnak.



Fig. 105. — El faraón Seti I. Karnak.

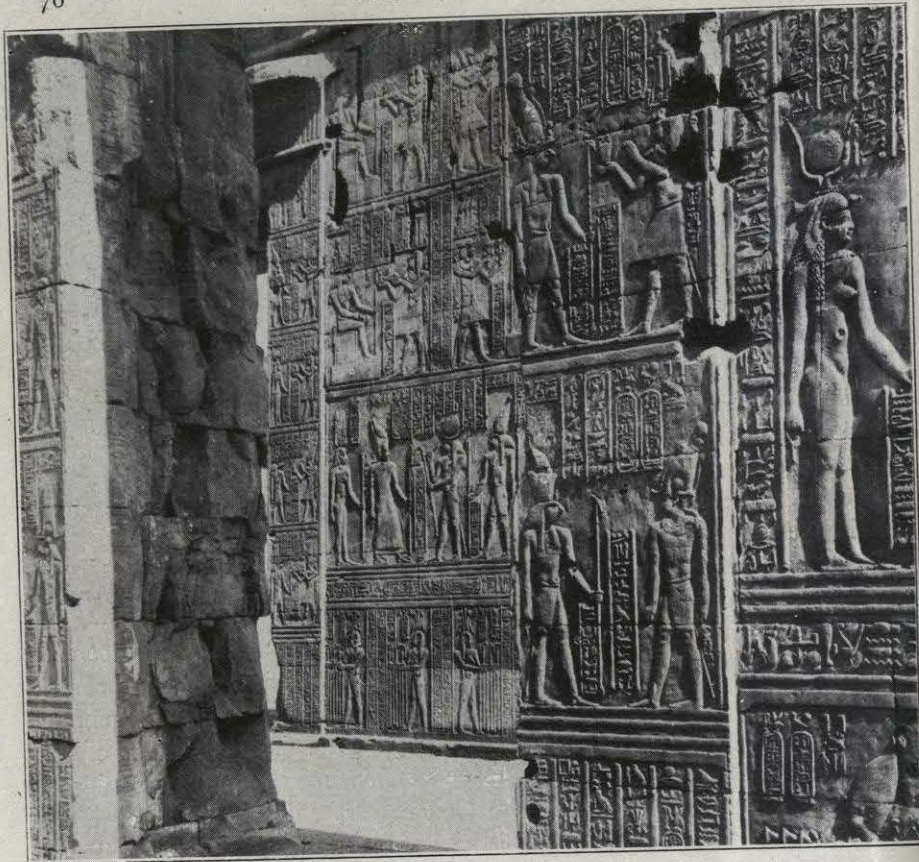


Fig. 106. — Pared cubierta de relieves, en el templo de Luxor.

cromados; en algunas construcciones, el clima excepcional del Egipto nos permite admirarlos todavía con los restos de sus colores primitivos (fig. 116). Son generalmente esculturas de poco relieve las que decoran las superficies de los muros; el sol intenso de la Tebaida bastaba para acentuar todos los detalles. Las formas están admirablemente dibujadas, y debieron ser esculpidos los relieves cuando las piedras estaban ya colocadas en la obra, porque aparecen labrados recortando el fondo y rebajándolo de la superficie plana del muro. En cambio los egipcios desconocieron la perspectiva, y por esto sus relieves nunca dan la impresión de un conjunto.

En cuanto á la arquitectura civil, no debía ser tan espléndida en el Egipto tebano, ni tampoco tuvo el carácter de permanencia de los templos. Muchas veces los palacios estaban edificados sólo de ladrillo. La exploración del palacio de Amenofis IV, en Tell-el-Amarna, nos ha enseñado lo que era una residencia faraónica en provincias; Medinet-Abu, cerca de Tebas, que parece haber sido la morada favorita de Ramsés II, es un edificio de sólo dos pisos, construido de piedra y con cierto carácter militar. En los relieves de los templos y en las pinturas de las tumbas vemos á menudo representadas casas particulares y villas de recreo de los magnates de la corte. Las casas tienen, por lo que se puede comprender, dos ó tres tipos en la planta, con un patio central, ó

corredor central, y á veces en forma de pabellón rodeado de jardines.

La gran área de la ciudad de Tebas debía estar llena de sencillas casas de barro sin cocer; así se explica que hoy los santuarios principales se encuentren en medio de un desierto sin rastro alguno de urbanización. Faltan también los restos de sus murallas y las entradas de sus puertas. Estas obras de fortificación de las ciudades debían ser, sin embargo, bien poca cosa. El Egipto estaba defendido por su propia situación geográfica, con el único punto débil del istmo de Suez, y así se explica que á veces pudiera hallarse á merced de una banda de orientales, como fué la invasión de los Hicsos. Una vez forzado el istmo, después de una batalla en la que el Faraón había reunido todas sus

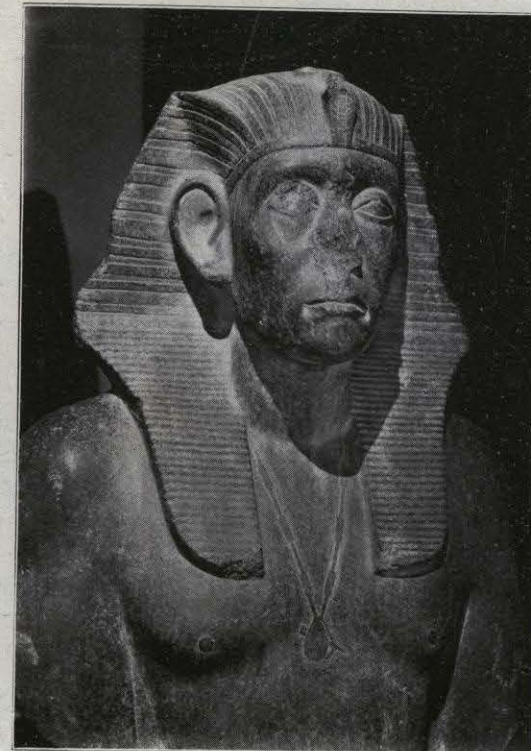


Fig. 107. — Estatua del faraón Tutmés III.
Museo Británico, LONDRES.

fuerzas, iban cayendo una á una las ciudades, sin defensa suficiente. Los viajeros griegos confirman esta opinión, porque al regresar á su patria impresionados por el esfuerzo gigantesco de los templos egipcios, apenas hablan de las ciudades y palacios, como no sean las puras fantasías del Laberinto, que ya era una simple construcción legendaria en tiempos de Herodoto y Estrabón.

Quedan, tan sólo, restos de los castillos ó fuertes egipcios para defender las fronteras de la Nubia, con sus paredes en talud, coronadas de almenas, y sus puertas dobles ó triples para prevenir toda sorpresa. Más tarde, cuando con sus campañas en la Siria, el Egipto se puso en contacto con los pueblos orientales, aprendió á proteger sus fortalezas con fosos y reductos avanzados.

Pero así como en el Egipto de los primeros faraones, en Menfis, las casas y los templos eran insignificantes en comparación con las tumbas, en el segundo imperio egipcio las casas y tumbas de Tebas quedan en segundo lugar ante el esfuerzo colosal que presupone la edificación de los templos. Conviene llegar á conocer lo que pudo significar tan sólo un elemento de la decoración de los templos, como son los obeliscos, que más tarde se emplearon aislados como monumento decorativo, viniendo después á ejercer una función análoga á la de nuestras columnas triunfales, en recuerdo de algún hecho ó personaje determinado. Acostumbraban á erigirlos en las puertas de los templos, simplemente como testimonio de la piedad de un monarca para con el dios. Esta forma de